



IMÁGENES DE GUATEMALA

Los recuerdos son impresiones que se graban en nuestra memoria, posiblemente con mayor nitidez cuanto más diferentes sean de lo que contemplamos, vivimos o sentimos a diario. Por eso recordamos los momentos felices, porque no suelen volver, o los tristes porque nos impresionan vivamente.

Cuando pienso en Guatemala, varios son los recuerdos que me asaltan y que ninguna fotografía puede recoger, aunque digan que una imagen vale por mil palabras.

Uno de esos recuerdos se refiere a los inicios de la misa dominical. Allá es costumbre dedicar, a veces tres cuartos de hora, a la mención de las intenciones de los fieles. Aquí estamos acostumbrados a pedir por el alma de los difuntos, pero allí no sólo se menciona a los ya desaparecidos, sino y sobre todo, a los vivos y sus necesidades. Pero lo más importante no es lo que se pide, sino que se suele dar gracias por haber encontrado un trabajo, por cumplir años, por estar construyendo una casa o por haber iniciado un negocio. Me parece eso tan hermoso, porque de este lado del océano nos hemos olvidado de que todo lo que somos y tenemos, aunque nos esforcemos y sea producto de nuestro trabajo, nos viene dado y lo menos que se puede hacer es dar gracias y allí, sin pudor ninguno, se da gracias con nombres y apellidos.

Otro de los recuerdos tiene que ver con el fallecimiento de una persona. El abuelo de una persona conocida murió y puesto que había una cierta relación, aunque no habíamos conocido al difunto ni a su familia, allá que nos fuimos al velatorio. Se celebraba el acto fúnebre en el salón comunal porque, al ser persona muy conocida, se previó que los asistentes no cabrían en la capilla de la aldea que era muy chiquita.

Cuando llegamos, ya estaba todo el mundo en el interior del local; hombres jóvenes y ancianos, señoras y chicas, así como una constelación de niños de todas las edades que se comportaron durante todo el tiempo, que no fue corto, con verdadera compostura, como ya no es frecuente ver aquí y menos en un acto como aquel.

Sobre un estrado, se había colocado una mesa a modo de altar y el féretro, rodeado de cirios, estaba sobre unas andas, en medio del pueblo asistente. Una señora, ataviada con la ropa común entre los indígenas de la zona y con un velo de blonda en la cabeza, dirigía el acto fúnebre. Se recitaron oraciones en maya y en castellano, se leyeron fragmentos de la Biblia también en ambas lenguas. Para finalizar el acto, varios conocidos del difunto hicieron su elogio y por último el hijo del fallecido glosó su vida y contó algunos de sus recuerdos.

Su papá era el encargado de las aguas de la aldea y su menester le llevaba permanentemente a vigilar las conducciones para repararlas y que no hubiera pérdidas. Dado lo rudimentario del sistema, las roturas eran frecuentes y a cualquier hora del día el hombre se veía obligado a salir a los cerros o a las quebradas para repararlas. Su hijo, según él mismo contaba, iba a veces con él, llevándole las herramientas. Sus palabras finales fueron para hablar de cómo su padre le había enseñado la importancia del agua, de su cuidado y conservación y también para pedir perdón, en nombre del desaparecido, a todos aquellos a los que hubiera podido perjudicar y ofender en vida.

Tras una bendición, los hombres cargaron con el féretro y, precedido de una numerosa banda de música, se organizó el cortejo camino del cementerio. Las mujeres con sus cortes y huipiles coloridos y con mantos de más colores sobre la cabeza, siguieron a los hombres con sus trajes pardos y sus sombreros de fieltro calados. Nosotros no pudimos sumarnos porque los que nos habían llevado tenían prisa por regresar.

El tercer recuerdo importante que quisiera dejar aquí recogido es de muy diversa índole, pero no menos solemne y emotivo. Unos conocidos, que poseen una granja de



pollos cerca de donde vivimos en nuestra estancia en Guatemala, tienen tres hijos; uno es ingeniero, el segundo es abogado y el tercero y más joven es estudiante en el Seminario diocesano. Se trataba en esa ocasión de la graduación del segundo de los hijos.

Con nuestras mejores galas nos fuimos a la sede de la Universidad de San Carlos en el Departamento en donde estábamos. El salón de actos, pequeño, pero bien equipado, poseía un imponente estrado con asientos nobles, un pequeño ambón que ocupaba el licenciando y una mesa lateral donde se ubicaban los padrinos. Cuatro profesores constituían el Tribunal. El licenciando, muy elegante con su traje gris y su corbata, ocupó el ambón. Los profesores, con togas con las bandas que daban indicio de su grado de licenciados, maestros o doctores, y birretes, se ubicaron en el estrado; los asistentes ocuparon las sillas en anfiteatro.

El licenciando inició, tras una indicación del Presidente del Tribunal, su lección. Luego, comentaron los diversos miembros del Tribunal sus impresiones acerca del trabajo presentado y de su defensa y finalmente concedieron al aspirante el grado de licenciado. En ese instante, los padrinos portaron la toga, la muceta y el birrete que en adelante podría usar el recién titulado y le ayudaron ceremoniosamente a vestir las prendas. Para cerrar el acto tomaron juramento al candidato y el Presidente hizo un hermoso discurso de cierre, en el que le recordó al recién licenciado sus deberes para con la Universidad, para mantener el honor de aquella alta institución, aplicando siempre los principios éticos aprendidos y la defensa del derecho y la justicia, así como lo que debía a la sociedad y el compromiso que adquiriría en defensa de los débiles y de sus derechos. También le recordó el deber de gratitud y servicio que tenía para con su familia, con sus conciudadanos y con la nación.

Al retirarse el Tribunal, después de un largo aplauso, la madre del recién togado, se acercó a su hijo y el abrazo duró algo más de dos minutos. Aquello fue algo tan hermoso que no lo podré olvidar jamás.

Estas cosas nos impresionan y se nos quedan en la memoria, como decía, porque cada vez es menos frecuente el dar gracias por algo, cada vez es más raro que convivamos con la muerte ni siquiera con la de seres muy queridos y, finalmente, adquirir conocimientos y un título se ha convertido no en un privilegio que nos invita al servicio, sino en un mero instrumento para nuestro beneficio personal.

Algo hemos estado dejando escapar por entre nuestros dedos, como si fuera arena.